

**¿OLVIDAR A FOUCAULT?
SURVEILLER ET PUNIR Y LA HISTORIOGRAFÍA,
VEINTE AÑOS DESPUÉS**

Justo Serna
Universidad de Valencia

«... esta escritura demasiado bella para ser verdadera»

Jean Baudrillard

Michel Foucault y nosotros

El lunes 25 de junio de 1984 moría en París Michel Foucault. Ha pasado mucho tiempo, y esa misma distancia nos permite evitar los diagnósticos expeditivos, las condenas circunstanciales o las celebraciones apresuradas de su obra. Decía Emil Cioran que no deberíamos escribir sobre lo que no hubiéramos releído. Por mi parte, creo haber cumplido ese *dictum*, he releído a Foucault tratando de averiguar razonablemente qué le debemos y a qué no nos resignamos. La labor no es sencilla, puesto que me obliga a abordar una obra original e incómoda, profunda e irritante, de estilo expresivo y caracterizada por una fortísima presencia autorial: una obra, en fin, de la que son deudores numerosos comentarios y adhesiones, analistas más o menos avezados y avallistas esforzadamente fieles.

Dada la variedad misma de registros que hay en los libros de nuestro autor y dadas también mi limitación y mi competencia, tengo el propósito de reducir el objeto. Abordaré sólo la relación que el filósofo mantuvo con la historia, o, más concretamente, me ocuparé de los usos

explícitos o implícitos de la disciplina que pueden hallarse en una de sus obras más célebres, en *Surveiller et punir*. Y, además, lo haré sin emplear el lenguaje foucaultiano al que parece obligarse cualquier estudioso de su obra. Evitaré este vicio, tan común entre los comentaristas, que, lejos de ser precisión filológica, es simple adhesión o es mera fidelidad. De la publicación de aquel libro se cumplen ahora más de veinte años, y si originariamente su éxito pudo ser circunstancial, su actualidad editorial y permanente reimpresión de la que es objeto merecen algún comentario, alguna observación concreta. ¿Qué hay en ese libro para que hoy se siga leyendo? ¿Qué hay en ese volumen para que, dos décadas después, aún suscite interés, inquietud o controversia entre historiadores, filósofos, sociólogos y criminólogos?

Los tratos que Michel Foucault tuvo con la historiografía son variados, y todos sus volúmenes, que tienen una vertiente histórica evidente, *nos* interpelan. Por un lado, su obra ahonda y desarrolla la crítica nietzscheana a la idea de sentido histórico —a la concepción del devenir fundada en alguna suerte de razón o hilo rojo que dispensaría significado global, universal— y a las nociones mismas que le han dado soporte (origen, continuidad, etc.).

Por otro, sus reflexiones críticas lo son sobre determinados universales tomados por evidentes, constitutivos de esa metafísica del ser que Heidegger combate, sobre los aprioris que nos constituyen, sobre aprioris observados históricamente y cuya naturalidad se desvanece a fuerza de apreciar sus cambios, transformaciones y desplazamientos. Esa mirada se basaría en una concepción discreta de la historia, una concepción en la que idea misma de continuidad es abolida al tomarse como engañosa, propia de la racionalidad retrospectiva con que las sociedades se contemplan y se apaciguan. Esas ideas, interesantes e inquietantes, fueron y se tomaron como una interpelación a los historiadores, una interpelación incómoda y rica que requería la reordenación de los objetos habituales del conocimiento y la delimitación de su complicidad institucional.

Finalmente, el discurso foucaultiano nos retaba a fuerza de asemejarse al nuestro, a fuerza de adoptar un estilo propio, cierto, pero un estilo, al fin, que contenía en su misma expresión convenciones y recursos característicos de historiador, empleados, sin embargo, con otros fines. Eso, como veremos, nos aproxima, nos asemeja, pero también nos incomoda y nos inquieta. Decía Nietzsche que «entre las cosas más semejantes es ciertamente donde la ilusión miente del modo más bello: pues el abismo más estrecho es el más difícil de saltar». Hay, en efecto, un abismo entre las cosas semejantes. Entre el discurso foucaultiano y

la escritura académica de la historia hay vínculos evidentes y proximidades sorprendentes, pero hay también distancias infranqueables y hay, en fin, diferencias de procedimiento.

Maître à penser

Quizá —conjeturaba Jacques Revel—, la obra reciente que más ha marcado a los historiadores franceses no es la de uno de sus pares, es la de un filósofo, es la de Michel Foucault. Esa influencia, contemporánea a la publicación de sus libros y máxima a partir de la publicación de *Surveiller et punir*, ha sido ambivalente y sólo ha podido aceptarse con reservas e incluso con la inquietud característica que provoca un enfoque que se adivina familiar y lejano. La controversia que se contiene en el volumen *L'impossible prison*, que antologara Michelle Perrot, es la prueba del interés que su obra despertó y es probablemente el mejor ejemplo de esa ambivalencia con la que fue aceptada.

Las razones que justifican esa fortuna son numerosas, y, entre ellas, el desarrollo contemporáneo de la *histoire des mentalités* no es la menor. La historia de las mentalidades ha experimentado un indudable auge en la últimas décadas: nuevos objetos, nuevos métodos y una nueva prosa menos apodíptica y más narrativa hacían de la *nouvelle histoire* un producto atractivo y expansivo. Los libros de Foucault no son ajenos a esa etiqueta —Peter Burke, por ejemplo, hablaba de «cierta semejanza de familia»— y fueron frecuentemente identificados con dicha rúbrica compartiendo vecindad editorial con algunas de sus obras mayores. Fue Plon, por ejemplo, el sello que publicara en 1961 *Folie et déraison* en su sección de «Civilisations d'hier et d'aujourd'hui», el mismo sello que tuviera por asesor y director de colección a Philippe Ariès, el mismo sello, en fin, que editara con creciente éxito las novedades de Claude Lévi-Strauss. Fue Gallimard, por otra parte, y bajo la tutela de Pierre Nora, la casa que diera a la luz la obra posterior de Michel Foucault.

La presencia *francesa* del filósofo es o se debe, en efecto, a su vecindad con la historia de las mentalidades, pero se debe también al relieve que nuestro autor adquiere pronto, ya en los sesenta, como uno de los máximos representantes del pensamiento crítico contemporáneo, posterior al dominio sartriano e identificado inicialmente con el estructuralismo. Es uno de los *maîtres à penser* que más se radicaliza después del sesenta y ocho, coincidiendo con su ingreso en el *Collège de France*. Es uno de los pensadores que mejor supo expresar el criti-

cismo y el disgusto de una generación que condenaba aquello que consideró la doblez permisiva y la tolerancia mentirosa de la sociedad que lo albergaba y en la que se sentía incómodo.

Los años setenta son años de izquierdismo convulso; son años de aproximación y de debate con los maoístas franceses, un diálogo que emprenden algunos *mandarines* y del que tampoco está ausente un Sartre envejecido y declinante; son años de impugnación radical, inmoderada, de Occidente y de la modernidad que lo legitima, principalmente a partir de las demandas de grupos sociales que emergen y que parecen encarnar el papel de nuevos sujetos revolucionarios. Estos nuevos sujetos adquieren presencia en la literatura política de entonces, pero también en la producción de una historia de las mentalidades que exhuma a quienes habían estado excluidos del discurso tradicional de la disciplina. Es en ese contexto, en un momento de grave crisis del capitalismo después de la guerra del Yom Kippur, cuando se publica *Surveiller et punir*, una obra en la que el autor dice ocuparse del nacimiento de la cárcel, pero a la que se la toma como algo más, como una impugnación radical del «poder de normalización en la sociedad moderna», según él mismo confesaba al final de su propio volumen.

Michel Foucault está justamente en la intersección de ambas operaciones y su éxito es, desde este punto de vista, muy circunstancial, característico de una época y de una tarea que compete tradicionalmente a los intelectuales franceses, según nos recordaba Jean François Sirinelli. *Surveiller et punir* es un compendio de la indignación, de los humores rebalsados y de las predisposiciones críticas que la izquierda radical francesa tenía en aquel momento. Es decir, da forma explícita a una demanda teórico-política que es posterior al 68, una demanda que ya no invoca la gran cosmovisión o promesa, sino la intervención concreta, sectorial, en áreas habitualmente desatendidas por esos intelectuales de izquierda, como el propio Foucault respondiera en alguna ocasión. Por otro lado, *Surveiller et punir* es una suerte de manifiesto escrito que prolonga bajo un nuevo discurso la desazón característica y la protesta enfática más o menos justificada en la que viven y han querido creer los intelectuales franceses desde el *J'accuse* de Zola.

Si, además, esa inspección crítica se efectúa bajo el atavío nietzscheano de la genealogía, la historia deviene el instrumento de dicha averiguación. La fortuna de ese discurso es la de un autor que sabe expresar con un lenguaje posmarxista preguntas y demandas no resueltas. Así como Althusser habla de lo mismo sin abandonar su árido marxismo abismándose en una teoría escolástica absorta, completamente distanciada de la historia, Foucault encarna un izquierdismo de reso-

nancias nietzscheanas que quiere volver sobre la historia para ajustar cuentas con su propia sociedad y con las verdades que la constituyen y en las que se obstina en creer. Por eso, Foucault es el punto de intersección, por eso a Foucault, *maître à penser*, se le toma como un referente teórico indiscutible (e inquietante, a la vez) de la historia... de las mentalidades; una historia que, en algunos de sus representantes, se rebela contra las inercias académicas de los objetos indiscutidos.

El amigo americano

Los historiadores norteamericanos tampoco han permanecido ajenos o inmunes a esa doble recepción: a la de Foucault y a la de *Surveiller et punir*. Aunque con una cronología diferente, la influencia de Foucault se ha incrementado en los Estados Unidos y sobre todo ahora, bastantes años después de que Pantheon Books (Random House) editara *Discipline and Punish* en 1977. La distancia temporal y la lejanía de sus escritos no han mermado una actualidad que es paradójica: su auténtico protagonismo americano es posterior a la muerte y, por tanto, también es posterior a la primera recepción estadounidense. Fuera de la excepcional y temprana atención prestada por algún teórico e historiador, como fue el caso de Hayden White, el primer éxito evidente de Foucault en los Estados Unidos y de su influyente presencia entre aquella historiografía data de comienzos de los años ochenta.

Hayden White había frecuentado Europa tiempo atrás, manifestándose próximo a las primeras manifestaciones del estructuralismo. Es por eso por lo que su *Metahistory* es un ejemplo de aquella impronta estructural-formalista. De sus distintos trabajos, al menos han sido dos los textos que se han ocupado expresamente de Foucault. El primero data de 1973, es decir, del mismo año de publicación de *Metahistory* y su principal fuente de inspiración es *Les mots et les choses*. El objetivo de esta obra era, en parte, coincidente con las metas que entonces se proponía White: las del análisis de la depuración, de la desublimación, de las ciencias humanas y de la historia. El segundo texto en que White hace referencia explícita a Foucault es posterior a la publicación de *Surveiller et punir* y data de 1978. Este nuevo artículo era una revisión de sus ideas y, sobre todo, era una intervención guiada por el impacto reciente de *Discipline and Punish*. La noción de poder aparece ahora como la novedad sobresaliente y su revelación se entiende como el hallazgo de un método de inspiración nietzscheana, inseparable de una expresión intransitiva.

Una y otra vez, White ha vuelto sobre el particular rindiendo tributo a los nombres de Barthes y Foucault. Pero White sólo fue el primer estímulo de aquella temprana recepción. La auténtica difusión de su obra es posterior y coincide con las primeras estancias de Foucault en los Estados Unidos, debidas a la intervención de dos profesores de Berkeley, Hubert Dreyfus y Paul Rabinow. La relación que el primero tuvo con Foucault se hizo a través de su adscripción filosófica y de acuerdo con las afinidades heideggerianas. Por su parte, el papel desempeñado por el antropólogo Paul Rabinow en esta recepción es más relevante, al menos por dos razones: una de índole práctica, en particular por el acogimiento del filósofo en un centro académico y por la organización del primer núcleo formal de estudiantes interesados en su obra; y otra de consecuencias teóricas, en concreto por la difusión de sus ideas a través de la etnología.

Rabinow fue originariamente seguidor de Clifford Geertz, es decir, fue seguidor de la antropología interpretativa, y, al igual que aquél, se reveló como experto etnógrafo de las culturas magrebíes, de lo que es muestra un volumen que contiene unas melancólicas y levemente tercermundistas *Reflexions on Fieldwork in Morocco*. El contraste con aquella cultura era también el contraste con la cultura francesa y los problemas específicos que le planteaba la *observación participante* como acto interpretativo tuvieron en Paul Ricoeur a uno de sus referentes más obvios. El desarrollo de algunos de sus supuestos prolongó las consecuencias que la hermenéutica tenía para él y así, con el paso de los años, Rabinow llegaría al posmodernismo.

En estos cambios y en la conversión al posmodernismo de Rabinow y de los suyos desempeña un papel significativo la recepción de Foucault: no porque el filósofo se declarara afín, sino porque, en los Estados Unidos, el fortísimo auge del posmodernismo ha adoptado pertinente o impropriamente a algunos pensadores *posestructuralistas* franceses como sus interlocutores. No es extraño, pues, que esa corriente haya vuelto a poner de actualidad el pensamiento de White y, por tanto, su temprana inspección formalista del saber histórico y la de Foucault se han tomado como ejemplo de un metaanálisis que atraviesa y que impugna disciplinas y discursos (como, por ejemplo, Kenneth Gergen, en psicología, y Donald McCloskey, en economía).

El izquierdismo francés que sigue a la oleada estructuralista recibe de Foucault su impugnación antihumanista; el posmodernismo, heredero de la debelación heideggeriana de la metafísica humanista, también. Sólo así se entiende, por ejemplo, que las corrientes más recientes de la historiografía americana, aquellas que mejor se relacionan con al-

gunos de los hallazgos de la *nouvelle histoire*, sean un cruce problemático, heteróclito, de contagios tan diversos. Me estoy refiriendo, claro, a la célebre y reciente *New Cultural History*. En las investigaciones de Dominick LaCapra y Lynn Hunt, por ejemplo, a las enseñanzas del *Linguistic Turn* se añade el nombre de Foucault, y éste, a su vez, aparece en extraña vecindad con los de Edward Thompson, Clifford Geertz y Jacques Derrida.

Géneros confusos

¿Qué es lo que haría interesante la obra de un pensador fallecido tiempo atrás y cuyas reflexiones lo mantienen como uno de nuestros contemporáneos? ¿Qué es lo que apreciarían de Foucault los historiadores *des mentalités* y, a la vez, los *New Cultural Historians*?

¿Qué habría de común entre la crítica desarrollada por un izquierdismo sedicentemente maoísta y la emprendida por el posmodernismo de estirpe heideggeriana y de filiación americana?

El título completo de la obra que justifica su máxima difusión y que contiene lo rasgos básicos de su quehacer intelectual es *Surveiller et punir. Naissance de la prison*. Fue publicada en 1975 por el príncipe de la edición francesa, por Gallimard, en su «Bibliothèques des histoires». Hasta ese momento, las obras precedentes de Foucault también habían aparecido en aquella casa, pero en otra colección, en la «Bibliothèque des sciences humaines». Después de numerosísimas reimpressiones, la más reciente, la correspondiente a diciembre de 1995, se ha hecho en otra colección, en «Tel». La edición italiana también fue temprana y correspondió a Einaudi, añadiéndose a, y manteniéndose en, los «Paperbacks». En su versión castellana, *Vigilar y castigar* fue publicado en 1976 por Siglo XXI (México) y se incluía en una colección denominada «Teoría», para, años después, trasladarse a otra nueva sección llamada «Criminología y derecho».

El destino editorial de ese volumen en el continente europeo es revelador y su presencia en el ámbito francés, italiano y español merece algún comentario. Gallimard y Einaudi eran dos de los sellos más distinguidos de la edición, dos empresas en cuyo catálogo se reúnen algunos de los productos más prestigiosos de la cultura: cultura clásica y acorde con el canon, y cultura renovadora, crítica, contemporánea de las convulsiones recientes alentadas por el pensamiento contestatario. Por su parte, Siglo XXI, que tendría por aquellas fechas su mayor difusión internacional en algunos países latinos (México, España, etc.),

reunía en su catálogo obras procedentes de las ciencias sociales e históricas y de los clásicos del marxismo.

Observemos la colección de *Surveiller et punir* y evaluemos con qué fue investido el volumen a partir de la vecindad de otros libros con los que compartió catálogo. La «Bibliothèque des sciences humaines» de Gallimard fue creada en 1966, iniciándose con una de las obras más celebradas de Foucault, *Les mots et les choses*, la obra que fue tomada como la expresión más acabada, circunstancial y condensada del estructuralismo anterior al sesenta y ocho. Esa colección, editada bajo la responsabilidad de Pierre Nora, fue concebida para albergar a distintos autores de disciplinas diversas, en concreto a algunos de los grandes del pensamiento y de las ciencias sociales, de extracción francesa o no: Raymond Aron, Jean Baudrillard, pero también Elias Canetti o Thorstein Veblen. Fue en esa «Bibliothèque» precisamente en donde se publicarían los libros sucesivos de Foucault.

Sin embargo, cuando en 1975 Gallimard daba a la luz *Surveiller et punir*, el volumen se editaba en la «Bibliothèque des histoires». La nueva colección había sido fundada en 1971, es decir, era posterior a la primera «Bibliothèque»: la creada en 1966 era sobre todo una colección que reunía ensayo transdisciplinar, un género fecundo en la Francia intelectual de los sesenta; la segunda, que era también responsabilidad de Pierre Nora, iba a reunir el catálogo máximo de la *nouvelle histoire*.

Les mots et les choses había sido un *best seller* del pensamiento. La publicación de una nueva obra de Foucault en una colección reciente era un refuerzo para esa misma sección de Gallimard. Pero, además, su edición bajo el epígrafe «des Histoires» y la confección misma de la obra, esa inspección «genealógica» de la prisión contemporánea, permitían una instrucción de lectura basada en la *nouvelle histoire*. Sólo su reimpresión reciente en la colección «Tel» le ha devuelto editorialmente el ensayismo y la vecindad con la especulación filosófica que el propio fondo reúne. Desde 1976, los nombres de Adorno, Arendt, Bataille, Hegel, o Wittgenstein se suceden en esa colección, continúan la labor de la «Bibliothèque» fundada en 1966 e invisten a *Surveiller et punir* con una lectura diferente.

En el caso italiano y español, la suerte editorial seguida por el volumen fue distinta y su publicación no estaba revestida de atavíos «historicistas». Los «Paperbacks», según declaraba Giulio Einaudi, fueron concebidos como un fondo en el que se reunirían ensayos de alta cultura, de probada calidad, de fina expresión y de difícil acomodo entre los saberes académicos, es decir, de tensión metadisciplinar y, al menos

en principio, con escasa presencia de historia y de historiadores. La colección «Teoría» de Siglo XXI primó también ese tipo de volumen al que aludíamos, un ensayo inespecífico, de intervención y de crítica cultural, y, desde la perspectiva estrictamente española, ese fondo contaba con un valor añadido: el de haber sido o el de haberse tomado como centro editorial de una cierta oposición intelectual antifranquista.

Años después, en 1995, cuando el volumen italiano ha sido objeto de diez reimpresiones, su ubicación editorial es la misma: sigue formando parte de los «Paperbacks». Años después, en 1995, cuando el volumen español ha sido objeto de veintidós reimpresiones, su ubicación editorial ya no es la misma: ha dado origen y continuidad a una nueva colección, la de «Criminología y derecho», en la que se albergan algunos de los autores y de los libros-clave de la criminología crítica, en particular el núcleo constituido por los italianos Melossi y Pavarini o el de los anglosajones, Taylor, Walton y Young. En ese caso, el volumen de Foucault es el referente externo de un movimiento de reforma y de impugnación del sistema carcelario.

De todo lo anterior se sigue que son tres, al menos, las instrucciones de lectura que se derivan de ese libro y del contexto editorial europeo en el que se publica y en el que se difunde originariamente. La primera es aquella que toma *Surveiller et punir* como emblema de la *nouvelle histoire*: como ejercicio de estilo que compendia y lleva hasta el límite las formas, los métodos y los objetos de esa nueva historia. La segunda es aquella que convierte la obra en ejemplo de ensayo filosófico transdisciplinar, un ensayo en el que expresión e ideas son inescindibles, un ensayo en el que, a la manera de lo anotado por Adorno, el autor se mide y se compromete vulnerando los preceptos del cartesianismo y abatiendo certidumbres incontrovertibles. El tercer uso es aquel que permite aceptar el volumen como referente básico de la criminología crítica, de sus impugnaciones y de los límites correctivos y reformistas que los nuevos penólogos defendían. ¿Consiente todas esas instrucciones?

Haciendo balance de los cambios acaecidos en el pensamiento y en las humanidades, el antropólogo Clifford Geertz habló de «géneros confusos». Por tal entendía una forma de ensayo *literario* desarrollada en los últimos tiempos y caracterizada por ser metadisciplinaria y por evaluar los propios recursos expresivos. «Por supuesto, y hasta cierto punto —añadía—, este tipo de cosas ha sucedido siempre», aunque sólo ahora, y como consecuencia de los embates infligidos contra el cartesianismo académico, somos conscientes de su peso y de su difusión. Siempre se habrían cultivado formas híbridas de discurso, la novedad de ahora sería su misma multiplicación.

Para reforzar su tesis, el antropólogo se preguntaba: «¿Qué es Foucault —un historiador, un filósofo, un teórico político—?». Entre otros, este autor y sus obras no sólo describen un cambio de perspectiva disciplinaria, no sólo suponen un desplazamiento en el «trazado del mapa cultural, sino una alteración radical de los principios de la propia cartografía». Foucault se pronuncia profesándose como filósofo, pero su objeto, el tratamiento que le da y la expresión que le sirve de soporte distan de ser los evidentes. De esto es muestra fehaciente *Surveiller et punir*.

Microfísica del poder

Al tiempo que hace la genealogía de la punición carcelaria, Foucault tiene la pretensión filosófica de definir el poder en unos términos diferentes de los convencionales. Una concepción clásica del poder hacía depender el sistema penal de un aparato político estatal del que sería emanación. Sin embargo, la reflexión contenida en *Surveiller et punir* es bien distinta, y, más aún, sus planteamientos son contrarios a la evidencia de un poder represor, del que se apropiarían determinadas clases o agentes, y que se impondría sobre la sociedad a partir de unos mecanismos coercitivos. El poder concebido así no es una propiedad política de la que estaría desprovista la mayoría, sino que sería una cualidad general que afectaría microfísicamente a todas las relaciones humanas.

Como tantas veces se ha repetido desde entonces, una de las tareas más innovadoras que Foucault emprendió en este libro fue la de mostrar las prácticas sociales que preceden a la cárcel y que, procedentes de otras instituciones, convergen en la prisión, condensándose en su interior y reemplazando a otras formas punitivas anteriores. Esta sería su contribución *más histórica*, más convincente. Numerosos documentos, libros raros y una erudición obstinada serían el capital exhibido en la investigación. Son éstas unas páginas ocasionalmente vibrantes y de gran hondura; otras veces, son páginas de fría belleza expresiva; o, en algún momento, son páginas con descripciones minuciosas y sobrecogedoras.

¿Quién puede olvidar, por ejemplo, el detallismo con el que Foucault nos muestra el ajusticiamiento atroz de Damiens y el dolor indecible que precede a la agonía? Si lo que quería era indicarnos la exhuberancia y la crueldad punitivas del Antiguo Régimen, el autor podría haberlo hecho sin mostrar la imagen misma del espectáculo supliciente. Ahora bien, ese cuerpo brutalmente dañado, amputado, descoyuntado

es objeto de relato para alarmarnos, para violentar el *buen juicio*, nuestra buena conciencia de ilustrados tardíos.

Frente a esas imágenes que nos hieren insorportablemente, las páginas que le siguen son un lenitivo deliberado y sintáctico para ese buen juicio cartesiano: son la transcripción literal del reglamento contemporáneo de un centro penitenciario. Ya no hay más daño ni mortificación del cuerpo, hay, por contra, regularidad, hay disciplina. El volumen se concibe como una explicación del cambio y el tránsito de la atrocidad penal a la sobriedad punitiva es su hilo conductor. Ahora bien, ese tránsito no se describe según la interpretación benevolente que los humanismos alumbraron. ¿Por qué? Porque, a juicio de Foucault, se trata de una concepción que racionaliza la crueldad, que otorga sentido allá donde no lo hubo o que elimina el fondo irracional que tuvo y que mantiene.

Su obra trata de mostrar que la dirección de la reforma no fue la benignidad de las penas, sino la *eficacia* de su aplicación. El humanitarismo penal justificó contemporánea y posteriormente la reforma en virtud de la benignidad. Ahora bien, ese argumento era sólo un ejercicio de razón ulterior en virtud del cual un sentido positivo sirve para ocultar la mezquindad irreparable en la que se funda nuestra sociedad y todas las sociedades. Si hemos de creer ese argumento benevolente, esa mentira piadosa, el suplicio de Damiens sería repugnante por un sobre-exceso punitivo, y, por tanto, el sistema que le sucedió habría sido una alternativa *menos* odiosa.

Sin embargo, añade Foucault, la cárcel no fue concebida por los reformistas como la solución penal: para los reformistas, en efecto, el nuevo sistema debía basarse en una variedad punitiva que, atemperada en sus formas, fuera más eficaz. ¿Y cuál fue el curso seguido en realidad? Frente a la multiplicidad penal, en los códigos contemporáneos acabó por aceptarse la privación de libertad como recurso básico. La prisión será un sistema más «eficaz» en la medida en que sus fines no serán los del daño corporal, sino los de la punición de las almas, convertidas ahora en casos susceptibles de corrección. El infractor no sólo cumple una pena, sino que, además, se le hace víctima de un suplemento penitenciario que va más allá de la expiación o de la estricta reparación: se le hace víctima de sus propias inclinaciones a las que se toma por reformables o extirpables. Con ello, el sistema contemporáneo es o aspira a ser mejor, porque no sólo se impone la represión del delito o la intimidación simple, sino que se marca la meta del sojuzgamiento corrector. Hablamos, en efecto, de la disciplina aplicada para enmienda del desviado, emprendida y llevada a cabo no por un poder

externo que aplasta o somete, sino por una red formada por asistentes y terapeutas espoleados por las mejores intenciones, y por los propios delincuentes arrepentidos y convencidos ellos mismos de la bondad de una corrección, una corrección que ya no es atroz y que tiene como fin la *normalización* social.

La tarea *histórica* a la que se aplica Foucault despertó un evidente interés y suscitó, con algunos cargos, simpatía por la proximidad de un príncipe del pensamiento. Mostraba a los historiadores una forma de escritura en la que el análisis de lo concreto no impedía la profundidad reflexiva y la hondura teórica: de hecho, lo concreto era el objeto de expresión y a ello se entregaba quien tenía la condición de filósofo. Además, nos enseñaba también el coraje especulativo de quien no se contentaba con explicaciones perezosas, con explicaciones que tan frecuentemente son racionalizaciones y legitimaciones de tradiciones o de instituciones.

Los historiadores no tenían por qué resignarse a lo ya sabido o a las evidencias dictadas por el sentido común de nuestra disciplina. Podíamos afrontar con arrojo la creación de nuevos objetos, excluidos o no tenidos en cuenta hasta entonces; de nuevos métodos, en los que aquel objeto estaba constituido por series temporales distintas de las previsibles, series en las que la idea misma de continuidad era descartada por ser el modo propio de la racionalidad retrospectiva; la creación, en fin, de nuevas formas discursivas en las que la denotación no era ya la única meta expresiva. Por eso, justamente, la máxima eclosión de la *nouvelle histoire* coincide en Francia con los efectos más difundidos de *Surveiller et punir* o por eso el desarrollo de la *New Cultural History* es tan dependiente del auge del filósofo y de su obra en los Estados Unidos.

Sin embargo, hay en ese ejemplo, hay en la obra de Foucault, algunos aspectos ambivalentes, inquietantes o, incluso, inaceptables. Entre otros, y por este orden, son aquellos que se refieren al empleo de la erudición documental como recurso histórico, a la descripción de los individuos, al objeto implícito y extratextual del volumen y, en fin, a la expresión que da soporte a todo ello. De esos cargos y de la ambivalencia que, a la postre, caracterizaría a esa herencia, nos vamos a ocupar para acabar.

Michel Foucault, un legado ambivalente

Foucault no es historiador y, por ello mismo, los usos de la historia que hay en su obra son instrumentales: los avatares penales que tan mi-

nuciosamente describe o los personajes sobre los que recayó la punición y a los que caracteriza a partir de un solo rasgo son un dato accidental y sintáctico. La conclusión precede a la investigación, y el historiador tiene la frecuente y desagradable impresión de que los hechos tan finamente evocados o las instituciones tan atinadamente estudiadas son *exempla*. Es decir, el análisis de lo concreto no parece estar antecedido por un acopio documental, sino que parece más bien ilustración selectiva de una tesis prevista o de un argumento que precede. De ahí, pues, que la descripción del ajusticiamiento de Damiens u otras de honda fuerza literaria sean, a la vez, sobrecogedoras y frías, sin que el narrador parezca mostrar o tener simpatía o sentimiento alguno por aquel individuo.

Hasta tal punto es así que el lector debe detenerse, alzar la vista y recordar de vez en cuando que aquello de lo que estamos tratando es de dolor, del dolor de unos antepasados por los que sentimos algún tipo de compasión. Enunciado de otra manera: ¿qué papel les reserva a los individuos que pueblan sus páginas, a Damiens y a otros como Damiens? Como le censuraba David Lyon, éstos, los hombres, «en el sentido de criaturas conscientes, activas e incluso rebeldes, están verdaderamente muertos». La impresión es *desmoralizadora*, en el doble sentido del término, de sofoco, de agostamiento, de cierre histórico y de imposibilidad de la rebeldía: son sólo elementos sintácticos, pasivos. La gran requisitoria contra el humanismo, contra la hipóstasis del *Sujeto* como protagonista autofundante y garante de la historia, de la que participarían Foucault y tantos críticos heideggerianos de la metafísica, no se resuelve con una atención renovada por los *sujetos*, con una inspección sobre las formas concretas, reales e inmanentes de constitución de los individuos, sino con una debelación enfática de la subjetividad.

En *Les mots et les choses* y en *A verdade e as formas jurídicas*, Foucault cita, y cita con acierto, el psicoanálisis como una de las vías de replanteamiento de la prioridad racional y cognoscitiva del sujeto. Pero la tarea del psicoanálisis, al menos aquel que aún se reclama heredero de Freud, no es debelar al sujeto, no es descentrarlo por el mero afán de descentrarlo, por el simple interés de atacar el narcisismo omnipotente en que los humanos quieren creer. Si el psicoanálisis inflige una herida más al narcisismo es con el propósito de entender mejor la constitución del individuo real, sus límites, su ilustración y su oscuridad: en una palabra, su finitud. Es decir, hay en Freud una herencia ilustrada y humanista de la que se aparta el propio Foucault. Por eso precisamente, aunque invoque el psicoanálisis, Foucault se distancia y se desinteresa de la vocación terapéutica de aquél. Por eso precisa-

mente la subjetividad en Foucault es un tópico a combatir y lo es en los términos circunstanciales e históricos del antihumanismo.

¿De verdad podemos tolerarnos una concepción del individuo en los términos propuestos? ¿De verdad podemos desinteresarnos de los individuos como dato irrelevante de la reflexión filosófica? Como nos recordaba Fernando Savater, Foucault corrigió algunos de esos dictámenes posteriormente, y sus últimas obras, las que prolongaban *La volonté du savoir*, volvían a plantearse —ahora sí, centralmente— la individualidad como autopoiesis, como cuidado del yo, objeto y meta muy diferentes de la aceptación fatal del poder del que estaríamos infectados y del que nos sentiríamos moralmente irresponsables. Por eso, Marshall Berman censuraba la irresponsabilidad moral y la pasividad política que se derivaban implícitamente de los preceptos analíticos del Foucault de los años setenta: si aceptamos que todo lo humano está intoxicado por las relaciones de poder y que esas mismas relaciones son nuestra cárcel de la que no es posible evadirse, entonces «es inútil tratar de resistir a las opresiones e injusticias de la vida moderna», concluía Berman; si aceptamos que todo lo histórico está irremediablemente afectado por esas relaciones de poder y que el aparato político no es el dispensario de ese poder, entonces no habría necesidad de una historia exclusivamente política, apostillaba Peter Burke. ¿No será que aquel dictamen era la respuesta consoladora en la que querían creer «una generación de refugiados de los sesenta»? según denunciaba Berman.

Esa censura nos acerca al objeto implícito que Foucault se planteaba en *Surveiller et punir*. Al final, en efecto, aquello que parecía interesarle verdaderamente no era la prisión, a la que tantas páginas había dedicado, sino la sociedad disciplinaria a la que supuestamente daría lugar o en la que se fundaría. Así, lo que justifica el libro es la institución carcelaria sólo por entenderse como forma condensada de la disciplina social. En la prisión se instaura un tipo de disciplina que es el cruce de prácticas anteriores procedentes de otras instituciones, un tipo de disciplina que es resultado de dispositivos extrapenitenciarios, y que, al decir de Foucault, se extendería al conjunto de la sociedad en la época contemporánea. En *Surveiller et punir* se estudiaría lo primero, pero no lo segundo, aunque acabara siendo esto último aquello que justificaba la investigación, aunque acabara siendo esto último la razón por la cual esa misma sociedad era objeto de impugnación. Por tanto, es el poder de normalización, y no la cárcel, aquello que se toma como guía de la investigación; es la disciplina social, y no la prisión, aquello que merece su atención. Eso quiere decir, pues, que el libro, este libro, es secundario con respecto a unos fines cognoscitivos que lo trascienden.

Como el lector podrá apreciar, esta contradicción vulnera un precepto de la disciplina histórica, que es el de la relación que debe guardar la conclusión con la investigación que la precede. Generalmente, sus enunciados sobre la cárcel son falsables y documentados, cosa que no excluye pronunciamientos arriesgados e inmoderados con los que no podemos estar de acuerdo. Sin embargo, lo dicho, lo sugerido o lo intuido (o lo añadido en declaraciones y en entrevistas aclaratorias) sobre la sociedad contemporánea como sociedad disciplinaria son argumentos que no se derivan necesariamente del sistema penal que ha sido analizado. Con ello, la cárcel acaba siendo también un objeto meramente instrumental: aquello que le interesaría es denunciar la naturaleza disciplinaria de la sociedad actual, sociedad que tomaría de la prisión su esquema básico de funcionamiento y del panoptismo, su fórmula de inspección general. Podemos aceptar o no ese diagnóstico; podemos convenir o no con Foucault en esa conclusión. Lo que resulta difícil aceptarle es que ese dictamen sea el resultado lógico de lo estudiado, faltándole, además, a esa impugnación final los enunciados documentados que permitan su contraste histórico, su falsación.

Si, además, su indudable fuerza expresiva se materializa en un discurso que evita la precisión, que hace de la ambigüedad su principal recurso retórico, la comunicación de resultados es exigua: su lenguaje es intraducible y su análisis, inconmensurable, impidiéndose con ello la comparación. Nos hallaríamos ante una obra abierta y cerrada a la vez: abierta, por la multiplicación de interpretaciones que consiente; y cerrada, por la función poética, intransitiva, de la que participaría. Nos hallaríamos ante un volumen impenetrable, un volumen en el que la refutación concreta o no es posible o es irrelevante.

En efecto, el discurso foucaultiano, como observaba Hayden White, no admite el resumen o, al menos, dificulta el compendio. ¿Por qué razón? Porque no es exactamente el vehículo o el medio de una explicación: es la expresión misma de unas ideas en las que la *clarté* ya no es un precepto cartesiano, según añadía White. Hay libertad en el tono, en el estilo, sin sujeción a las restricciones propiamente convencionales del saber académico, y, a la vez, revelando ese mismo discurso un punto de vista en el que hay un yo o un sujeto de la enunciación que se desvela o, al menos, que no se cancela totalmente.

Más aún, el interlocutor que exige la comunicación está incorporado en el propio texto y, lejos de ser un destinatario externo, es el propio autor empírico. Hay un sujeto de la enunciación que se expresa y que se corrige; hay *expresión* y menos *explicación*, y ese mismo rasgo se acentúa cuanto más abstracto es el dominio al que alude.

A esa expresión Merquior la llamaba literofilosofía, un género dotado de un lenguaje caracterizado por la exhuberancia enunciativa, por una retórica que hace del discurso un texto intransitivo, fuertemente connotativo. Roland Barthes así lo hizo y Michel Foucault, también. Es decir, estamos ante autores en los que la arbitrariedad del signo es una de las lecciones saussurianas compartidas, ante autores en los que la revuelta contra el academicismo francés se hace apelando a Nietzsche, a un Nietzsche indómito y, a la vez, fundamento de estetas.

Merquior le discutía bienintencionadamente algunas de sus observaciones históricas hechas sobre la cárcel, tratando de mostrar la debilidad empírica de ciertos argumentos. Sin embargo, lo aceptable o lo inaceptable de la obra no dependen de los hallazgos concretos, ni su duración, de los errores o de las insuficiencias que se le documenten, sino de su perspectiva expresiva. Es más, ni siquiera estamos seguros de que Foucault admitiera el referente al que alude su obra. Para él, como anotó Hayden White, el referente no tiene expresión externa y concreta, pre-discursiva, sino que es *sólo* un efecto del texto, y su verdad, una consecuencia interna del propio discurso. Por eso, justamente, es por lo que el propio filósofo francés admitía en la *Microphysique du pouvoir* que «no he escrito más que ficciones», ficciones en el sentido de que la verdad no está por descubrir ahí fuera, sino que es algo a producir en el interior mismo del discurso. En ese caso, no habría referente externo, sino que lo real sólo tendría un existencia lingüística, a la manera de lo admitido por Barthes. La cárcel de la que nos habla Foucault no es un objeto reconstruido a partir del vestigio conservado, sino que es sobre todo una elaboración teórica que se sirve de atavíos documentales.

Por eso es por lo que tenemos la continua e incómoda impresión de tropezarnos con deliberados *exempla*, con una erudición instrumental que viene en apoyo de lo que el autor presume o sabe de antemano. Eso, de entrada, no nos agrada; eso, por principio, nos produce rechazo, ese rechazo característico de los historiadores, que nos empeñamos en ser, según el reproche de Foucault que se contiene en *L'impossible prison*, obstinados «caballeros de la exactitud». Frente a la exactitud, frente a las habituales estrategias de explicación que nos son características, el discurso foucaultiano opera de manera diferente y no responde, como él mismo admite en *A verdade e as formas jurídicas*, «a las mismas leyes de verificación que rigen la historia propiamente dicha».

El legado de Foucault es ambivalente y los tratos que los historiadores podemos consentirnos con esa herencia, también. Tenemos, en efecto, la sospecha de que sus excesos eran y siguen siendo necesarios, algo así como una cura de leve escepticismo frente a la incommovible

fe de nuestras verdades, frente a las racionalizaciones que nos infligimos. A la vez, es cierto que los historiadores no podremos convenir sin más con los métodos de Foucault, no podremos aceptarle la devastación de lo histórico, la usurpación de recursos ajenos, la erudición instrumental, la especulación inmoderada que impide la refutación. Pero deberemos admitir que es bueno tomar lecciones de aquellos que nos desmienten; que su enseñanza *indisciplinada* fue y sigue siendo un antídoto necesario contra las arrogancias académicas de una *disciplina*, la historia: contra los dictados y las perezas del sentido común, contra esos universales antropológicos que los tomamos como naturales o evidentes, contra esos relatos que nos apaciguan.

Anotaba Nietzsche al principio de *Aurora*, que «todo lo que pervive durante mucho tiempo se ha ido cargando poco a poco de razón, hasta el extremo de que nos resulta inverosímil que en su origen fuera una sinrazón». Lo que Foucault nos prohíbe, y ésta es, en efecto, una enseñanza aceptable y dudosa, es embellecer esa sinrazón individual y colectiva. Por eso, apostillaba en *A verdade e as formas jurídicas*, que «el historiador no debe temer a las mezquindades pues fue de mezquindad en mezquindad, de pequeñez en pequeñez, que finalmente se formaron las grandes cosas». Por eso, añadía en *Nietzsche, la genealogie, l'histoire*, «se trata de hacer de la historia un uso que la libere para siempre del modelo, a la vez metafísico y antropológico, de la memoria». Ahora bien, ¿de verdad es posible hacer eso? El propio filósofo no pudo atenerse a sus principios y buscó memoria y coherencia temática y biográfica conforme fue variando sus objetos y sus enfoques. ¿No son sus libros o, mejor, la infraestructura filológica y explicativa y las declaraciones con que los acompaña un ejercicio que busca y fuerza la coherencia antigua de un hecho o de un objeto nuevos? Sorprende, en fin, que sea un crítico de la razón ulterior y de los aprioris de obra y de autor aquel que tan esforzadamente se aplicó en desplegarla para dar memoria coherente a su propio relato autobiográfico.

Referencias bibliográficas

Además de los libros de Foucault que citamos en el texto, las obras de referencia en las que me he basado son:

Jean BAUDRILLARD (1994): *Olvidar a Foucault*. Valencia.

Marshall BERMAN (1988): *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid.

André BURGUIÈRE (ed.) (1991): *Diccionario de ciencias históricas*. Madrid.

- Peter BURKE (1994), *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los «Annales», 1929-1989*. Barcelona.
- Peter BURKE et al. (1993): *Formas de hacer historia*. Madrid.
- Roger CHARTIER (1996): *Foucault lector de Foucault*. Valencia, Eutopías-Documents de treball, vol. 118.
- François DOSSE (1991-1992): *Histoire du structuralism*. París.
- Hubert DREYFUS y Paul RABINOW (1983): *Michel Foucault. Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Chicago.
- Giulio EINAUDI (1994): *En diálogo con S. Cesari*. Madrid.
- Didier ERIBON (1992): *Michel Foucault*. Barcelona.
- Clifford GEERTZ et al. (1991): *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México.
- Elena LARRAURI (1991): *La herencia de la criminología crítica*. Madrid.
- David LYON (1996): *Postmodernidad*. Madrid.
- David MACEY (1995): *Las vidas de Michel Foucault*. Madrid.
- José Guilherme MERQUIOR (1988): *Foucault o el nihilismo de la cátedra*. México.
- José Guilherme MERQUIOR (1989): *De Praga a París. Crítica del pensamiento estructuralista y posestructuralista*. México.
- Pascal ORY y Jean F. SIRINELLI (1992): *Les intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours*. París.
- Michelle PERROT et al. (1980): *L'impossible prison*. París.
- Louis PINTO (1995): *Les neveux de Zarathoustra: la réception de Nietzsche en France*. París.
- Fernando SAVATER (1988): *Ética como amor propio*. Madrid.
- Justo SERNA (1993): «La història dels marginats i el sentit comú historiogràfic», *Acàcia*, n.º 3, pp. 21-39.
- Francisco VÁZQUEZ (1987): *Foucault y los historiadores*. Cádiz.
- Paul VEYNE (1984): *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid.
- Hayden WHITE (1992), *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona.